

Alocución del Reverendísimo Desmond Mpilo Tutu, Arzobispo Emérito de Ciudad del Cabo y Premio Nobel de la Paz, ante la 61ª Asamblea Mundial de la Salud

Ginebra, martes 20 de mayo de 2008

Muchas gracias, señor Presidente, por esa presentación. Señora Directora General, su Alteza Real, Excelencias, Honorables Ministros de Salud, delegados de todo el mundo y amigos:

¡Qué maravilloso privilegio y qué gran honor es dirigirles la palabra! Ustedes deben de estar esperando que se produzca un milagro. Un milagro: porque soy un predicador, y ustedes han puesto a este predicador ante un público que no tiene más remedio que escucharlo, le han dado un estrado y pretenden que sea breve. ¡Eso sí que sería un milagro!

Esto me recuerda la historia del niño que va a la iglesia con su madre. En la iglesia hay una lámpara roja. Después de esperar largo tiempo que el predicador termine de hablar, el niño pregunta: «Mamá, cuando se ponga verde ¿podemos volver a casa?» Espero que no se sientan como ese niño.

Es un gran honor estar aquí, especialmente en este año en que se celebra el 60º aniversario de la fundación de la OMS. La Organización Mundial de la Salud es el organismo sanitario mundial y el guardián del derecho de todas las personas a gozar del grado máximo de salud que se pueda lograr.

Sepan ustedes que no me sentía demasiado bien al venir. En realidad, me sentía más muerto que vivo. Pero cuando llegué a la OMS, la Organización se comportó a la altura de su reputación porque fui llevado a una visita médica. Me vio la Dra. Pascale Gilbert-Miguet, Directora de Servicios Médicos y de Salud, quien me trató, y ahora estoy ante ustedes. Pido un aplauso para ella. Les puedo decir que estoy mucho, mucho mejor. Si mi discurso les parece inteligente, sepan que es gracias a la contribución del Padre Ted Karpf. Cuando lo que digo no esté mal, probablemente estarán escuchando las palabras de Ted.

Éste es un año propicio porque en él también se celebra el 60º aniversario de la firma de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Se celebran asimismo el 30º aniversario de la Declaración de Alma-Ata sobre Atención Primaria de Salud y el séptimo de la Declaración de Abuja, en la que los Jefes de Estado de África se comprometieron a asignar a la salud el 15% del presupuesto nacional.

Así pues, no nos faltan temas importantes para abordar en nuestras deliberaciones. He recibido una carta de Consumers International en la que me instan a que plantee la cuestión de la obesidad infantil, a la que se ha referido su Alteza Real. Esa organización sostiene que, en el mundo, el 22% de

los niños menores de cinco años tienen sobrepeso. Y en el Consejo Mundial de Iglesias alguien pidió que se mencionara la situación desesperada de los niños que viven con el SIDA. Me dieron una camiseta y me preguntaron si me la podía poner. Pero no combina bien con el color púrpura. Tengo un problema de ricos.

Al reflexionar sobre un posible tema, me resultó evidente que por muchas razones sería un poco presuntuoso de mi parte hablarles de cuestiones de salud, porque ustedes son los profesionales y pueden acudir a un gran número de expertos que podrán facilitarles datos específicos sobre su esfera de interés.

Me pareció menos presuntuoso y más apropiado hablarles de mi propia esfera de competencia: la esfera espiritual, religiosa o ética. Es probable que sobre esto pueda hablarles con algo más de seguridad y tal vez con un mínimo de autoridad.

He vuelto a reflexionar sobre la historia y la Constitución de la OMS, y encuentro que el derecho a la salud está enunciado de manera incompleta. La salud no es sólo un estado de bienestar físico, mental y social, sino que debe comprender también un estado de bienestar espiritual. Trataré de explicarme.

Uno de los libros de viñetas cómicas que más me gustan se titula «My God» y su autor es el difunto Mel Calman, del diario londinense *The Observer*. En una viñeta se ve a Dios que, algo desconcertado, dice: «¡Creo que he perdido mi copia del Plan Divino!» Ante la actual situación del mundo, quizás se nos perdone que nos preguntemos si Dios tuvo alguna vez un plan. En algunas partes hay inundaciones devastadoras; en otras terribles sequías. ¿No podría Dios haber organizado mejor las cosas y que en el mundo hubiera suficiente agua para todos? Además, están los desastres de la tiranía y la opresión causados por el hombre: un triste e interminable catálogo de desgracias.

Hay largas filas de refugiados en situación deplorable como consecuencia de desastres naturales y desastres causados por el hombre, las víctimas de racismo, de conflictos étnicos y de la xenofobia, y es horroroso leer acerca de lo que está sucediendo en mi propio país. Además, se cierne sobre nosotros la amenaza de la catástrofe del cambio climático y la degradación ecológica, que ya nos anuncian todos estos maremotos, ciclones y huracanes.

Serán ustedes particularmente conscientes de la devastación causada por enfermedades como la tuberculosis, el paludismo, la infección por VIH/SIDA, la oncocercosis, la poliomielitis y el cólera, junto con la mortalidad infantil y la morbilidad materna a que se ha referido con tanta elocuencia Su Alteza Real, agravadas en muchos casos por la pobreza; serán conscientes de las defunciones infantiles causadas por enfermedades prevenibles con vacunas poco costosas; muchas enfermedades son resultado de la falta de agua salubre, saneamiento apropiado y viviendas dignas. El mal se manifiesta también cuando nos negamos a facilitar los remedios necesarios para sanar a las naciones, o no lo hacemos porque las burocracias o la corrupción nos impiden actuar.

Nunca debemos olvidar que, como dirigentes del Estado, estamos llamados a disipar la ignorancia, restablecer la justicia y defender la libertad. Estamos llamados a preservar la paz y la buena salud. Muchas enfermedades y sufrimientos se pueden prevenir si los gobiernos tienen la voluntad política necesaria: la campaña «El 15% ahora» exhorta a los Jefes de Estado africanos a cumplir sus promesas y de ese modo prevenir la muerte prematura de ocho millones de ciudadanos.

También hay dirigentes que arruinan el bienestar y la salud de la población. Hay lugares donde incluso se recluta a niños como soldados. Además, hay padres que contemplan impotentes cómo sucumben sus hijos, ya sea porque sus medicamentos se han vuelto inútiles por falta de electricidad, y

por lo tanto de refrigeración, o porque están retenidos en puestos de control y es probable que no lleguen a tiempo al hospital, si es que llegan. Estimados amigos, la salud no puede desvincularse ni separarse de los efectos mortíferos que supone el vivir sometidos al terror, la opresión y la tiranía. Ésta es una época desquiciada. El mal es real y va en aumento.

Los miembros de la Comisión de Verdad y Reconciliación, en Sudáfrica, hemos escuchado con horror los relatos de las atrocidades que se han cometido. «Le dimos un café con somníferos, le pegamos un tiro en la cabeza y después lo quemamos. Entre tanto, como eso tarda unas 7 u 8 horas, comimos una parrillada y bebimos cerveza.» Uno se pregunta qué puede haberle sucedido a la humanidad de esos criminales para que se degraden hasta ese extremo. «Podimos quemar a un ser humano. Pudimos quemar a un ser humano y comer una parrillada. Pudimos quemar a un ser humano y tomar cerveza.» Nos dimos cuenta de que hechos como éstos demuestran que ustedes y yo, que todos nosotros, tenemos esa horrorosa capacidad de hacer el mal. Quienes apoyaron a Hitler no tenían cuernos y cola. Eran seres humanos como ustedes y yo, algunos de ellos miembros destacados y respetados de sus comunidades. Sí, todos tenemos la capacidad de llegar tan bajo.

Pero lo maravilloso fue comprobar que ésa no era toda la historia, que ni siquiera era la parte más importante de la historia. Maravillosamente, felizmente, hubo también un aspecto glorioso. Fuimos testigos de muestras extraordinarias de magnanimidad por parte de víctimas de las atrocidades más espantosas, de personas que hubieran podido consumirse de amargura y sed de venganza; pudimos escucharles palabras de perdón, de generosidad para con sus torturadores, a quienes abrazaron en público, y entonces nos dimos cuenta de que, sí, tenemos esa capacidad de hacer el mal, pero, maravillosamente, felizmente, como dije antes, también tenemos esa extraordinaria capacidad de hacer el bien.

A principios de año los miembros del llamado grupo de los Ancianos visitamos Darfur. Las descripciones que circulan no expresan la mitad de los horrores con que nos encontramos. Tuvimos una reunión con desplazados internos, que asombrosamente todavía eran capaces de reír. ¡Qué increíble ejemplo de la resistencia del espíritu humano ante condiciones tan desalentadoras! Las ropas de los hombres musulmanes eran blancas, de un blanco inmaculado. Yo miraba toda aquella miseria y me preguntaba: ¿de dónde sacarán el agua? Todo atestiguaba lo maravilloso que es el espíritu humano, la capacidad de reírse, de aferrarse a la dignidad y al respeto de sí mismo, de negarse a contemplarse como víctima o a ser compadecido como tal.

Después nos impresionó otra característica de ese paisaje deprimente: la milagrosa presencia de los trabajadores humanitarios. Ciudadanos de diferentes países que en su mayoría podrían haber llevado vidas seguras y cómodas en su tierra natal. Pero no, allí estaban, algunos de ellos volviendo más de una vez a ese lugar tan inhóspito e inseguro, donde pueden secuestrarlos, y ¡ay de la víctima si es mujer!, pues tendrá que soportar violaciones y cosas peores.

Y aun así, aun así, aun así, allí estaban como están en tantas otras partes del mundo donde hay dolor producido por desastres naturales o provocados por el hombre. Allí estaban con sorprendente dedicación y compromiso que hacen que uno se sienta orgulloso de ser humano. Y muchas personas que ustedes representan están allí, como médicos, enfermeros o conductores de ambulancias, participando en esa gloriosa empresa de los trabajadores humanitarios, una parte del mundo ofreciéndose al mundo, ofreciéndose para mitigar los desastres humanos. ¡Oh, qué fantástico despliegue de bondad, compasión y solidaridad, en la senda del proyecto Divino de sanar un mundo roto y herido, de superar las divisiones y atender a los que sufren!

Todos ustedes, todos ustedes, incluidas esas fantásticas personas que forman parte de las ONG de todo el mundo; todos ustedes que participan en la empresa de curar son colaboradores de Dios en la

tarea de hacer un mundo mejor, más compasivo, más dulce, más comprensivo y más solidario. La tradición de Abraham transmite la idea de que Dios hizo un mundo deliberadamente imperfecto para así poder empeñarnos a todos en la tarea de hacerlo perfecto.

Cuando luchábamos contra la perversión del apartheid tratábamos de mantener la moral y la esperanza de nuestro pueblo en lo que parecía una lucha desigual recordándole «Oye, el nuestro es un universo moral», el error, el mal, la injusticia y la opresión jamás podrán tener la última palabra. «Oye», decíamos, «este mundo es de Dios y Dios se ocupa de él». Aunque a veces quisiéramos susurrarle al oído, «Dios, sabemos que te ocupas de él, pero ¿por qué no lo haces de forma que se note mejor?»

No, el error y el mal **no** tendrán la última palabra. La bondad, la compasión, el amor, la justicia, la risa y la solidaridad prevalecerán, derrotarán a sus espantosos contrarios. Los tiranos, los dictadores, los que imponen la injusticia y la opresión pueden pavonearse como si fueran invencibles, pero seguro que tendrán su merecido, que morderán el polvo en su ignominia. Ése es el veredicto de la historia. ¿Dónde están ahora los tiranos, los déspotas, los defensores del apartheid, etc., etc.? No, no, no nos regodearemos.

La historia demuestra que no hay situación que sea imposible transformar. No hay persona desesperada para la que no haya esperanza y remedio. No hay ningún conjunto de circunstancias que el ser humano y su natural capacidad de amar no pueda cambiar. Es imprescindible que el mundo vea que esas ideas se ponen en práctica a través de las promesas de la OMS, en nombre de todas las personas, comunidades y naciones. Porque nos necesitamos unos a otros para ser verdaderamente libres, para humanizarnos y gozar del bienestar espiritual de nuestra creación en la relación con Dios y con el prójimo.

Cuando examinamos el derecho a la salud no podemos dejar de observar que su alcance mundial engloba las esperanzas y aspiraciones de todos los pueblos del mundo. En virtud de ese derecho la OMS está llamada a defender y guiar a las naciones - los Estados Miembros, como los llaman ustedes - a fin de que protejan a sus ciudadanos y garanticen el derecho a la salud para todos. Es un pacto sagrado y solemne, una promesa que ustedes deben cumplir. Déjenme que les agradezca su firme compromiso y lo que éste significa en la vida de los más de 6000 millones de habitantes del planeta.

Sin duda agradezco, como todos los africanos, que vuestra Directora General se haya unido a la acción creadora de Dios al considerar que vuestras máximas prioridades son los colosales problemas sanitarios de África y la salud de las mujeres y niñas. ¿Se imaginan ustedes, pueden imaginarse que las enfermedades, los conflictos y la destrucción, consigan que la cuna de la humanidad acabe por ser su cementerio? ¡No podemos perder a África! Como solemos cantar en nuestros templos: «Dios bendiga a África, guíe a sus dirigentes, proteja a sus hijos y le dé paz».

Es una divina coincidencia que el vecino Consejo Mundial de Iglesias (CMI) también celebre este año su 60º aniversario. La OMS y el CMI tienen una misión mundial común: la de proteger y restaurar el cuerpo, la mente y el espíritu. Además, es también el 40º aniversario de la Comisión Médica Cristiana, cuyos valores y experiencia en la atención primaria de salud fundamentaron y configuraron las Directrices OMS de 1974 para la Atención Primaria de Salud, posteriormente reafirmadas en Alma-Ata.

Ya ven ustedes, quienes nos consagramos a la fe y a la salud llevamos juntos mucho tiempo. La salud no es sólo la ausencia de sufrimiento y enfermedad, sino, según se dice en la Constitución de la OMS, «un estado de completo bienestar físico, mental y social». Estas palabras plasman la razón fundamental de que estén ustedes aquí y sugieren algo de lo que compartimos en nuestro común com-

promiso con el mundo. Quizás sería bueno para nosotros que incluyéramos el reconocimiento de que hay una relación intrínseca entre Dios y la humanidad, algo que podríamos llamar «bienestar espiritual». Quizás un día esa noción de bienestar pueda incluirse en la definición de salud de la OMS.

Ustedes son los custodios del ideal de la «Salud para todos». Tienen la oportunidad y la responsabilidad de hacer del mundo un lugar saludable. Son los encargados de realizar la justicia: justicia en la distribución de la riqueza de los países para lograr la salud, justicia para alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio, justicia para salvar la vida de sus pueblos y permitirles prosperar y construir naciones saludables. Dios nos está observando, y también la gente. Ustedes son los encargados de enjugar las lágrimas de todos los rostros y propiciar vidas llenas de vigor y determinación para alcanzar la paz.

A veces he imaginado que cuando Dios nos mira y ve el desastre que hemos hecho, quizás se pregunte: «¿Cómo se me ocurrió crear esto?», y llora. Pero después vuelve a mirar y los ve a ustedes y a todos los que desean ayudarlo a cambiar este mundo para mejor y, ¡miren!, empieza a dibujarse una sonrisa, como el sol que brilla a través de la lluvia, y se dice: «Ah, ja, ja, por eso los creé, su labor me justifica». Y un angelito, ¿lo habéis visto, al angelito?, va y enjuga las lágrimas de los ojos de Dios.

Y Dios dice: «Por favor, ayúdenme, ayúdenme a realizar mi sueño; que todos mis hijos sepan que son hermanos y hermanas, miembros de la misma familia, la familia humana, la familia de Dios. Por favor, ayúdenme, ayúdenme. Ayúdenme a hacer este mundo más compasivo. Por favor, ayúdenme a hacerlo más dulce, por favor, ayúdenme a hacerlo más solidario. Ayúdenme. Ayúdenme. Ayúdenme. Por favor, ayúdenme».

= = =